

Familia y ocupación femenina en tiempos de crisis económica. La industria de la confección en Yucatán

Florencia Peña Saint Martin*

Desde finales de la década de los setenta, pero agudamente a partir de 1982, la economía mexicana enfrenta una crisis económica producto del agotamiento del modelo de desarrollo económico conocido como sustitución de importaciones, que se instrumentó en América Latina después de la Gran Depresión y que tuvo como motor principal la industrialización.¹

Las acciones emprendidas por los gobiernos de Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Ernesto Zedillo para reactivar la economía partieron del argumento de que una de las causas principales de la crisis fue la relación viciada entre el Estado y la sociedad civil. Desde esta óptica, pareciera que un aparato burocrático enorme e ineficiente, el gasto excesivo del Estado en programas de desarrollo social, su intervención directa en la economía a través de las industrias paraestatales y el subsidio a bienes y servicios —factores todos que caracterizaron al estado de bienestar durante el periodo económico de «crecimiento hacia adentro»— fueran los causantes fundamentales de la crisis.

Así, se evita adjudicar los problemas económicos principales del país a las relaciones de dependencia estructural de México en créditos, inversiones y tecnología con los países centrales, principalmente Estados Unidos; al consecuente endeudamiento creciente y al aumento de los intereses en los créditos otorgados; al intercambio desigual que se establece a través de las condiciones desventajosas en que el país se inserta en la división internacio-

¹ Teresa Rendón, «El trabajo femenino en México: tendencias y cambios recientes», en *El Cotidiano*, número 53, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 1993, pp. 3-4.

nal del trabajo; a los obstáculos que el mercado enfrentó para la elaboración de mercancías y, sobre todo, a «la estructura de la producción, particularmente en lo que respecta a los medios de producción, elementos que [hicieron] depender deficitariamente la dinámica interna de la acumulación del comportamiento de las importaciones».²

Acorde con la postura oficial esbozada líneas arriba sobre las causas fundamentales de la crisis, no es extraño que en el ajuste estructural que se ha instrumentado para enfrentarla³ se pretenda redefinir los compromisos del Estado con la sociedad civil para «corregir los vicios» de la economía. Con ello se enmascara el hecho de que se ha sacrificado a la población trabajadora, orillándola a la pobreza extrema en aras de lograr un crecimiento económico tangible en cifras, bajar la inflación y asegurar el pago de la deuda, mientras que paralelamente se ha favorecido a unos pocos inversionistas privados, fomentado la concentración de grandes capitales en pocas manos.⁴

Así, en el discurso se propone racionalizar el gasto público, pero en los hechos se recortan presupuestos para educación, vivienda y salud, entre otros. Se «adelgaza» al aparato burocrático —lo que significa el cierre de programas y dependencias y el despido de grandes contingentes de empleados gubernamentales— contribuyendo con ello al desempleo y el subempleo crecientes. El retiro del Estado de la economía provocó la venta de empresas paraestatales, aun aquellas que redituaban grandes ganancias, como fue el caso de Teléfonos de México que, por las enormes ventajas otorgadas a sus compradores privados, hace sospechar favoritismo y/o corrupción. Para «racionalizar el gasto público» se ha recortado o eliminado el subsidio a servicios, con lo que han aumentado las tarifas de agua, luz, impuesto predial, etcétera, y se ha aprobado el incremento a los precios de bienes de consumo básico, que han encarecido la gasolina, el pan, las tortillas, el azúcar, etcétera. Con la intención de que las fuerzas de libre mercado regulen la economía, se privatizó hasta la tenencia de la tierra, para lo cual incluso se modificó la Constitución Política mexicana. Además, se abrieron las fronteras al capital extranjero, se intensificó la promoción de la implantación de maquiladoras de exportación en todo el territorio nacional y se dio todo tipo de facilidades a la iniciativa privada, con el argumento de la necesidad de sanear y dinamizar la economía.

² Adrián Sotelo Valencia, «La crisis estructural en México», en *El Cotidiano*, número 53, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 1993, p. 110.

³ De corte neoliberal, «liberalismo social mexicano» fue el nombre oficial de la política en tiempos del presidente Salinas.

⁴ Rafael Rodríguez Castañeda, «En 1991 había dos mexicanos con más de 1, 000 millones de dólares; en 1992 había siete; ahora ya hay trece», en *Proceso*, número 871, México, 12 de julio de 1993, p.p. 6-9.

Todo ello, aunado al control de los salarios como supuesta vía para bajar la inflación, a que el sector secundario ha perdido dinamismo en la generación de empleos,⁵ así como a que se promovió su reconversión para hacerlo competitivo a nivel internacional, ha contribuido a la pauperización de la población trabajadora, a la pérdida obrera de conquistas laborales y a la flexibilización del trabajo manufacturero, misma que ha afectado negativa y profundamente las condiciones laborales de los asalariados y ha bajado de manera dramática sus niveles de vida, al tiempo que ha aumentado el desempleo y el subempleo.

Por supuesto que la población mexicana individual, familiar, laboralmente y/u organizada como sociedad civil, no ha sido víctima pasiva de estas tendencias. Huelgas de hambre, marchas y plantones frente a dependencias gubernamentales han pasado a formar parte de la dinámica urbana diaria en diversas ciudades, principalmente el Distrito Federal. Esta década ha sido también testigo de innumerables demandas del movimiento indígena, campesino y popular para exigir la dotación de servicios y del surgimiento de numerosas organizaciones no gubernamentales y de diversos grupos que reivindican diferentes consignas, como son el respeto a los derechos humanos, la transformación del papel subordinado de las mujeres, el reconocimiento de los y las homosexuales como ciudadanos/as plenos con libertad para expresar sus preferencias, el uso racional del medio ambiente, etcétera. Además, el conflicto político contra los fraudes electorales, otrora pasivamente aceptados, también ha sido manifiesto.

Adicionalmente, para sortear el impacto negativo de la crisis y el ajuste estructural que en estos años de neoliberalismo ha polarizado a la población,⁶ los hogares mexicanos de los sectores populares han llevado a cabo diversas estrategias: han incorporado el mayor número posible de miembros a actividades generadoras de ingresos;⁷ se han «extendido», sobre todo en el contexto urbano, para compartir gastos y trabajo doméstico y aumentar

⁵ Teresa Rendón, *op. cit.*, pp. 4-5.

⁶ Con trece familias multimillonarias a punto de figurar en las listas mundiales y un alto porcentaje de la población en la miseria. *La Jornada*, México, 1 de julio de 1993.

⁷ Isis Duarte, «Crisis, familia y participación laboral de la mujer en República Dominicana», ponencia presentada a la *Conferencia sobre la demografía de la desigualdad en América Latina*, Universidad de Florida, Gainesville, febrero 21-24, 1988; Mercedes González de la Rocha, «De por qué las mujeres aguantan golpes y cuernos: un análisis de hogares sin varón en Guadalajara», en *Mujeres y sociedad. Salario y acción social en el occidente de México*, El Colegio de Jalisco y CIESAS de Occidente, México, 1988, pp. 205-227.

el número de miembros asalariados;⁸ y han intensificado el trabajo doméstico para producir ciertos bienes y servicios que antes se adquirirían en el mercado.⁹

El objetivo del presente trabajo es indagar cómo afectaron la crisis económica y las políticas de ajuste a los grupos domésticos de los sectores urbano populares yucatecos entre 1985 y 1992; en especial, cómo ha impactado este proceso la participación femenina en el mercado de trabajo. Para ello se utiliza una muestra de obreras de la industria de la confección, entrevistadas originalmente entre 1985 y 1986, de las que una submuestra fue reentrevistada en 1991-1992. El grupo original estuvo conformado por 331 trabajadoras (178 fabriles y 153 domiciliarias) que vivían en 299 unidades residenciales, de las cuales 104 fueron entrevistadas otra vez seis años después (62 obreras fabriles y 42 trabajadoras domiciliarias).

Mujeres asalariadas y curso de vida

El proyecto original se proponía comparar las condiciones de vida y de trabajo de las obreras fabriles con las trabajadoras domiciliarias, asumiendo que cada uno de los dos grupos podía ser tomado como un todo homogéneo, ya que las mujeres compartían una inserción específica dentro del mercado laboral. Sin embargo, desde las primeras entrevistas se hizo patente que, tratándose de mujeres, su mundo laboral se interrelacionaba muy estrechamente con el doméstico, a tal punto que entre las maquiladoras domiciliarias y las obreras fabriles no existía un límite preciso.

Al menos en la muestra de obreras entrevistadas, el trabajo asalariado femenino estaba indisolublemente ligado a la composición y dinámica del grupo familiar, es decir, dependía del ingreso generado por otros miembros; de la posibilidad, o no, de asalariar a otros individuos corresidentes; de la presencia, o no, de otras mujeres con quienes compartir las labores domésticas y/o el cuidado de los niños; y de los recursos no monetarios con los que contaba la unidad doméstica.¹⁰

Además, como motivo para ingresar al mercado de trabajo las mujeres dieron respuestas diversas, pero estrechamente relacionadas con su posi-

⁸ *Idem.*

⁹ Teresita de Barbieri y Orlandina de Oliveira, *La presencia de las mujeres en América Latina en una década de crisis*, Ediciones Popular Feminista, colección Teoría, Santo Domingo, 1987.

¹⁰ Elizabeth Jelin y María del Carmen Feijoó, «Presiones cruzadas: trabajo y familia en la vida de las mujeres», en Catalina Wainerman, Elizabeth Jelin y María del Carmen Feijoó, *Del deber ser y el hacer de las mujeres*, El Colegio de México y Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina, México, 1983, p. 150.

ción dentro de sus grupos corresidenciales. Por ejemplo, el total de las mujeres casadas con hijos y el de las jefas de familia manifestó trabajar para el peculio de sus unidades domésticas y ninguna esgrimió razones personales, mientras que algunas de las hijas de familia argumentaron que se asalariaron porque «en su casa se aburrían», que trabajaban «para poder comprarse sus propias cosas», «para tener su propio dinero», etcétera, aunque predominaron las que manifestaron hacerlo «por necesidad». Las mujeres casadas sin hijos estaban poco representadas en este grupo obrero;¹¹ las entrevistadas con esta condición, en general, vivían en grupos residenciales extensos (con sus suegros o padres) y sus ingresos como trabajadoras se destinaban fundamentalmente a que la pareja pudiera ahorrar para fundar su hogar nuclear en el mediano plazo.

Por lo anterior, resultó imposible soslayar en el análisis la importancia de la posición de las mujeres dentro de sus grupos residenciales¹² como un elemento básico que permite entender cómo se moldea el ingreso de las mujeres al trabajo remunerado y, en su caso, cómo se explica su permanencia, o no, en él, en el periodo de crisis durante el cual se llevaron a cabo ambas temporadas de campo.

En la creación de identidades femeninas y, por supuesto, masculinas, la dinámica del espacio doméstico desempeña un papel muy importante. Es allí donde se estructura cotidianamente la división del trabajo con sus obligaciones para los diferentes miembros del grupo, según su edad, sexo y posición en el sistema de parentesco, donde se lleva a cabo el ejercicio del poder, desigual para hombres y mujeres, adultos, niños y ancianos, y donde se generan y aprenden gran parte de los «deber ser» que a ambos géneros corresponden.

Así, el trabajo de campo hizo evidente que «...la fuente de identidad social de la(s) mujer(es) está fundamentalmente ligada a su posición en el ámbito familiar...»,¹³ y que ésta sigue presente aun cuando se incorporan a

¹¹ Lo cual refleja también la relación entre situación doméstica y actividad laboral; siendo Yucatán una sociedad conservadora, la poca participación de estas mujeres en actividades remuneradas manifiesta que, mientras el dinero del esposo alcance para mantener a la pareja, ellas preferentemente se dedicarán a las labores del hogar.

¹² Estrechamente ligada a su estado civil, aunque no se reduce a éste; por ejemplo, como hijas de familia fueron asumidas mujeres jóvenes y solteras que manifestaron la expectativa de casarse, mujeres solteras de mediana edad que ya no creen que vayan a contraer matrimonio como ellas hubieran querido, y mujeres divorciadas que no tuvieron hijos y regresaron al hogar paterno. Todas ellas comparten el no ser responsables del trabajo doméstico, aunque generalmente colaboran con él, y tampoco tienen a su cargo la carga principal de los gastos del hogar.

¹³ Norma Ojeda, *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas; un análisis sociodemográfico*, UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, México, 1989, p. 41.

actividades remuneradas, porque su vida «sigue más de cerca la lógica de los acontecimientos ligados al ciclo familiar, con sus accidentes demográficos: nacimientos de hermanos, presencia o muerte de los padres en las primeras etapas [y, sobre todo la] formación de su familia de procreación...».¹⁴

La posición de las mujeres en sus hogares les otorga identidades femeninas específicas 'que, sin embargo, son cambiantes a lo largo de su desarrollo como personas. El lugar que ocupan dentro de sus unidades domésticas en un momento específico de su biografía personal tiene repercusiones determinantes en sus derechos y obligaciones individuales, sus responsabilidades ante el trabajo doméstico, el cuidado de niños y enfermos, sus obligaciones económicas para con el resto de la familia, etcétera, que moldean el aporte con que contribuyen al presupuesto familiar, la determinación de a quiénes deben obediencia y respeto, ante quiénes pueden ejercer autoridad, etcétera. Por ejemplo, de las hijas de familia se espera colaboración en el trabajo doméstico, pero no que lo organicen, ni que sean las responsables del mismo, a menos que la esposa del jefe varón se encuentre ausente; si trabajan remuneradamente es «lógico» para ellas mismas y para el resto de la familia que guarden parte de sus ingresos para sí y sólo aporten una fracción al presupuesto común. Al menos en Mérida, aunque sean adultas, si permanecen solteras y viven en la unidad de origen, deben pedir permiso a sus padres para realizar diversas actividades como salir a pasear o a trabajar, tener novio, etcétera.

Por todo lo anterior, resultó necesario aplicar un modelo dinámico que diera cuenta de esos grupos distintivos de mujeres por la posición que ocupan dentro de sus grupos domésticos, aun cuando compartieran el mismo espacio laboral. Es decir, se hizo necesario escoger un modelo que fuera capaz de relacionar la biografía personal de las mujeres con las características de sus grupos domésticos, sus actividades laborales y el contexto histórico social del que se encontraban formando parte.¹⁵

Así, se adoptó la perspectiva del curso de vida que conlleva el mirar a la unidad doméstica desde la perspectiva de un individuo particular, en este caso las obreras entrevistadas. Además, a través de ese individuo es posible seguir la dinámica doméstica en el tiempo. «En la perspectiva del curso de vida, la familia es considerada no como un agente social estático sino

¹⁴ Jelin, *et al.*, *op. cit.*, p. 152.

¹⁵ Como individuos y como miembros de una clase y una unidad doméstica.

cambiante conforme el curso de vida de sus miembros. Se visualiza a la familia como ámbito de trayectorias de vida mutuamente contingentes cuya dinámica conforma a la familia como unidad».¹⁶

Tomando como base los grandes momentos en el curso de vida personal femenino en su relación con sus grupos domésticos fue posible distinguir cuatro grupos de obreras: hijas de familia, esposas, esposas y madres, y jefas de familia; hubo además dos obreras fabriles categorizadas como hermanas¹⁷ y una xum.¹⁸ En este trabajo se analiza exclusivamente a las mujeres que eran hijas de familia en la primera temporada de campo y que fue posible reentrevistar durante la segunda, principalmente aquéllas que durante la segunda temporada de campo habían formado su propia familia de procreación.

Se eligió a las hijas de familia por dos razones:

a) Por un lado, la bibliografía reporta que durante el periodo de desarrollo estabilizador en México el patrón más común de participación de las mujeres en el mercado laboral era que se incorporaran a actividades remuneradas en edades previas al matrimonio o al nacimiento de los hijos (menores de 24 años) y que después abandonaran el mercado de trabajo. Durante los años ochenta este patrón registra cambios y hace pensar que la crisis ha obligado a las mujeres a permanecer en actividades remuneradas aún después del matrimonio y del nacimiento de los hijos.¹⁹

b) Por otro lado, es de esperarse que las actitudes de hombres y mujeres sobre el deber ser de las mujeres, así como las repercusiones económicas y simbólicas sobre dichas actitudes ocasionadas por la crisis, se expresen y detecten mejor en las mujeres, dado que son el grupo donde se espera encontrar cambios en cuanto a su posición en el hogar, lógicamente de hijas de familia en su familia de origen, a esposas y madres en su núcleo de procreación.

Así, en este grupo es posible observar de cerca el impacto de la crisis en su comportamiento ante el mercado laboral, con el antecedente de que se trata de mujeres que aún solteras ya estaban participando en él. También

¹⁶ Norma Ojeda, *op. cit.*, p. 37; la autora señala los limitantes del análisis del ciclo de vida familiar, mismos que se aplican a nuestra muestra, principalmente el que prácticamente la mitad de los grupos residenciales de las obreras fabriles no sean nucleares.

¹⁷ Vivían sin sus padres con sus hermanos.

¹⁸ El término maya para designar a la amante, «segundo frente», etcétera, que fue como ella misma se categorizó.

¹⁹ Brígida García y Orlandina de Oliveira, «Trabajo y familia en México: principales resultados de una investigación», en *Foro sobre mujer, trabajo, salud y pobreza*, El Colegio de México, México, 14 de mayo de 1993.

arroja luz sobre el conflicto entre los patrones establecidos en cuanto a la división sexual del trabajo y la incontrovertible realidad de que un solo salario mínimo es insuficiente para la manutención cotidiana, aún de una

CUADRO No. 1 DATOS DE LAS HIJAS DE FAMILIA ENTREVISTADAS EN 1985 Y 1991						
NÚM	AÑO	EDAD	POSICIÓN UD	OCUPACIÓN	TIPO UD	CONDICIÓN UD
001	85-91	18 24	hija de familia esposa y madre	domiciliaria ama de casa*	compuesta nuclear	origen procreación
002	85-91	26 32	hija de familia hija de familia	domiciliaria maestra bordados	nuclear nuclear	origen origen
003A	85-91	16 22	hija de familia hija de familia	domiciliaria asistente ejecutiva	nuclear encabezada por muj	origen origen
003B	85-91	17 23	hija de familia hija de familia	domiciliaria estudia CPT	nuclear encabezada por muj	origen origen
151	85-91	29 35	hija de familia hija de familia	domiciliaria estudia modas	compuesta compuesta	origen origen
152	85-91	18 24	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa	nuclear nuclear	origen procreación
154	85-91	17 23	hija de familia esposa y madre	fabril vende fuller	nuclear nuclear	origen procreación
155	85-91	17 23	hija de familia esposa y madre	fabril fabril	nuclear nuclear	origen procreación
156	85-91	36 42	hija de familia esposa	fabril ama de casa	extensa nuclear	origen procreación
157	85-91	20 26	hija de familia hija de familia	fabril trab. fam. no rem.	nuclear nuclear	origen origen
158	85-91	26 32	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa**	nuclear extensa	origen procreación
159	85-91	16 22	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa	nuclear extensa	origen procreación
160	85-91	18 25	hija de familia esposa y madre	fabril modista particular	nuclear nuclear	origen procreación
161	85-91	19 25	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa	nuclear nuclear	origen procreación
162	85-91	17 23	hija de familia hija de familia	fabril fabril	extensa extensa	origen origen
163	85-91	23 29	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa	nuclear nuclear	origen procreación
164	85-91	27 33	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa	extensa extensa	origen procreación
165	85-91	20 26	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa	compuesta nuclear	origen procreación
166	85-91	16 23	hija de familia esposa y madre	fabril modista particular	nuclear nuclear	origen procreación
167	85-91	17 23	hija de familia hija de familia	fabril no trabaja remun.	nuclear compuesta	origen origen
168	85-91	20 26	hija de familia esposa y madre	fabril fabril	nuclear compuesta	origen procreación
169	85-91	27 33	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa	nuclear extensa	origen procreación
170A	85-91	15 21	hija de familia esposa y madre	fabril ama de casa	nuclear nuclear	origen procreación
170B	85-91	17 24	hija de familia hija de familia	fabril fabril	nuclear nuclear	origen origen

* Nuclear: pareja con o sin hijos solteros co-residentes o hijos solteros viviendo con alguno de sus padres

** Extensa: igual al anterior, más otros parientes que no forman otro núcleo familiar.

Compuesta: dos o más familiares viviendo juntos.

familia con pocos miembros. Por ello, este grupo puede ser ilustrativo de cómo se está dando, y en qué sentido, la creación de nuevas identidades femeninas y masculinas.

El cuadro número 1 concentra la información básica de las veinticuatro mujeres clasificadas como hijas de familia que pudieron ser reentrevistadas en la segunda temporada de campo.²⁰

Como puede verse, de las cinco maquiladoras domiciliarias hijas de familia en 1985-1986, únicamente una había contraído matrimonio en 1991-1992 y ninguna seguía desempeñando esta actividad económica. De las 19 obreras fabriles, tres permanecían laborando como obreras de la confección (dos solteras y una casada y con un hijo) y 15 habían formado su propia familia de procreación.

En la segunda temporada de campo solamente un tercio (5) de las otra hijas de familia, ya casadas (dos modistas particulares, una obrera de la confección fabril, una que vendía Füller y otra que bordaba ocasionalmente), realizaban actividades remuneradas; entre ellas, sólo la obrera fabril (con apoyo de su madre, con quien vivía en una familia compuesta) desempeñaba una actividad para generar ingresos que no fuera «compatible» con las labores del hogar. Las otras diez mujeres que habían formado su familia de procreación habían desertado del mercado de trabajo y se dedicaban a realizar trabajo doméstico.

Es decir, en Yucatán esas mujeres parecen haber seguido el comportamiento tradicional en el mercado de trabajo, a pesar de la crisis económica. Se emplearon fuera del hogar mientras estaban solteras, y salieron del mercado laboral al casarse o al tener hijos para cumplir con su papel tradicional de amas de casa, cuando mucho realizando actividades generadoras de ingresos «compatibles» con él. A continuación se sintetizan las razones y el momento en su curso de vida en que abandonaron su trabajo en la industria de la ropa.

A partir de las entrevistas realizadas, puede concluirse que el comportamiento femenino «tradicional» en el mercado de trabajo puede tipificar solamente a las cuatro mujeres que al casarse asumieron su papel de esposas, y luego de esposas y madres, y a las dos que «por fastidio» habían dejado de trabajar remuneradamente aun antes de contraer matrimonio. Con claridad, esas mujeres expresaron que «el lugar de las mujeres está en su casa porque

²⁰ Cinco obreras domiciliarias y 19 obreras fabriles; las maquiladoras a domicilio vivían en cuatro unidades domésticas, pues dos eran hermanas; las fabriles, en 18 grupos residenciales por la misma razón.

CUADRO No. 2 Cuando dejaron de trabajar como costureras las mujeres que se unieron en pareja	
Lo había dejado antes de casarse 1 vendía Fuller	2
Cuando se casó 1 a veces borda en su casa y no ha tenido hijos	4
Cuando tuvo el primer hijo 1 es modista particular	5
Siguió trabajando aún casada y con hijos, pero tuvo que dejarlo 1 fabril (es modista particular) 1 domiciliaria que después fue fabril	2
Cuando nació su segundo hijo	2
Sigue trabajando como obrera fabril	1

nadie atiende a los hijos mejor que su propia madre...», «me gusta estar en mi casa, porque si trabajara estaría preocupada pensando en mis hijos...». A pesar de ello, todas se manifestaron a favor de que la mujer busque asalariarse en caso de ser necesario, «siempre y cuando haya quien cuide bien a los niños...». En este grupo hay una mujer que borda en su casa por encargo, pero ciertamente lo hace para «distraerse», porque como «no ha tenido hijos no necesita trabajar, pues le alcanza con lo que su marido le da».

Por el contrario, a pesar de presentar un patrón sociodemográfico tradicional en cuanto a su comportamiento como asalariadas en el mercado de trabajo, las otras nueve mujeres casadas tuvieron que abandonarlo involuntariamente. Por ejemplo, en 1985 la entrevistada 1 era obrera domiciliaria, vivía en una familia compuesta formada por sus hermanos solteros y sus padres y varios de sus hermanos(as) casados(as), sus cónyuges y sus sobrinos(as). Posteriormente a la primera entrevista, ingresó a trabajar como obrera fabril y se desempeñó como tal en diversas empresas. Durante la segunda temporada de campo vivía en extrema pobreza con su esposo, que trabajaba como cargador, y sus dos bebés, un varón de año y medio y una niña de cinco meses. Radicaba a unas cuadras de su familia de origen, en una vivienda constituida por un solo cuarto con piso de tierra; sus muebles se reducían a una mesa, dos sillas y dos hamacas, además de una pequeña estufa y un corral para los niños.

A ella le encantaba la costura, principalmente el armado final de las prendas, pues disfrutaba verlas «bien cosidas y saber que fueron hechas por [ella]». Siguió trabajando remuneradamente después de casada y continuó cosiendo mientras estaba embarazada y aun cuando sólo tenía al niño grande, pues su suegra se lo cuidaba. Sin embargo, el niño se enfermaba mucho, y una vez que tuvieron que hospitalizarlo decidieron que era necesario que ella saliera de la fábrica para quedarse en casa y atenderlo. Con el nacimiento de su segunda hija es impensable que pueda volver a la costura de ropa. No puede ser obrera domiciliaria porque carece de máquina de coser y, además, el cuidado de los hijos le exige atención constante, porque no puede bajarlos y dejarlos jugar solos en su piso de tierra, pues se le enferman. Dijo estar «desesperada» porque sus hijos crezcan para que ella pueda regresar a trabajar, principalmente para poder darles de todo porque «[sabe] muy bien que con lo que gana [su] marido la familia no va a salir adelante». Tiene pensado volver al trabajo remunerado una vez que los niños vayan a la escuela, aunque está consciente de que «para la mujer trabajar fuera de su casa no es fácil, porque primero debe arreglar la casa y atender a la familia y luego salirse a trabajar».

Como ella, el resto de las mujeres que abandonaron el mercado de trabajo al nacer su primer hijo lo hicieron por no haber resuelto el problema de su cuidado. La totalidad de ellas, de haber podido, hubiera permanecido en el mercado laboral; afirmaciones como «si hubiera quien me los cuidara, trabajaría...», «si la mujer tiene modo, debe trabajar, con dos sueldos se puede mejorar mucho la casa...», «el papel de la mujer es atender la casa para sacar adelante a la familia, pero está bien que trabaje, siempre y cuando haya quien atienda bien a los niños», fueron la constante.

Quienes abandonaron del trabajo remunerado al nacer el segundo hijo o manifestaron «haber tenido» que dejarlo, enfrentaron también la imposibilidad de encontrar quién se hiciera cargo de los hijos (generalmente la madre — en un caso la suegra— aceptó cuidarles al primero) y compatibilizar su condición de madres con la actividad remunerada fuera del hogar. Sin embargo, en sus expectativas personales está el regresar al mercado de trabajo tan pronto como les sea posible, «para poder darles una educación a [sus] hijos...», «para vivir mejor...», «porque con el sueldo de [su] marido no [les] alcanza...», etcétera.

En el momento de la segunda entrevista estas mujeres vivían predominantemente en unidades nucleares; dos de ellas formaban parte de familias extensas, aunque la extensión estaba dada, en una, por la presencia de un sobrino que aportaba económicamente al hogar y, en la otra, por el hermano y el padre viudo.

Contradictoriamente, la única obrera fabril que habiendo contraído nupcias y siendo madre de familia había permanecido ininterrumpidamente en el mercado laboral quería dedicarse a las labores del hogar «tan pronto como [le fuera] posible»; vivía en una familia compuesta, esto es, con su esposo e hijo en la misma vivienda que sus padres y hermanos; su madre hacía todo el trabajo doméstico, a excepción del lavado de la ropa de la obrera y su familia, misma que ella realizaba los fines de semana. La obrera y su esposo se encontraban construyendo su propia casa, y esa era la razón principal por la que ella había permanecido en la costura industrial de ropa, pero quería dejarla cuando la terminaran, porque «ya está[ba] muy cansada y ha[bía] descuidado al niño».

Tendencias entre las hijas de familia

De las obreras domiciliarias que seguían solteras durante la segunda temporada de campo, todas tenían actividades extradomésticas. Una laboraba como asistente ejecutiva en un despacho (había terminado carrera a nivel técnico) y su hermana estaba por concluir la licenciatura de contaduría pública en la Universidad de Yucatán; ambas ayudaban a su madre con un negocio de venta de comida regional durante los fines de semana, porque el padre «había dejado» a la familia. Otra hija de familia soltera era maestra de bordados en una escuela del DIF, y una más estudiaba modas para poder ser costurera particular.

De las obreras fabriles que permanecían solteras viviendo con su familia de origen en 1991-1992, una ya no trabajaba remuneradamente y ayudaba en las labores domésticas a su madre, otra colaboraba en la atención de una tienda instalada en el domicilio de la familia y dos habían seguido trabajando ininterrumpidamente en fábricas de ropa desde la primera entrevista.

Es decir, aunque desde una perspectiva sociodemográfica evaluada según los indicadores macroeconómicos más comúnmente usados podría concluirse que, en su mayoría, esas mujeres siguen patrones de comportamiento tradicionales, a través de las entrevistas a profundidad fue posible esclarecer cómo en realidad la crisis y el acceso a mayores niveles de educación han impactado la concepción del papel social que corresponde desempeñar a las mujeres.

Conclusiones

Las largas pláticas llevadas a cabo con esas 24 mujeres permiten afirmar sin duda que entre ellas es unánime la concepción de que el ideal de las mujeres es casarse, atender a su esposo y realizar todas las actividades necesarias

para el óptimo vivir de la pareja (trabajo doméstico); tener hijos, cuidar de su buen desarrollo y seguir realizando las labores pertinentes para que la familia exista dentro de las mejores condiciones histórico sociales posibles (más trabajo doméstico), alegrarse con el goce de su esposo y de sus hijos, preocuparse por los problemas de ellos, entristecerse con sus tropiezos y enorgullecerse enormemente con sus logros. Principalmente a través de éstos últimos serán compensados sus esfuerzos, pues los verán indirectamente como suyos por haber sido buenas madres y/o esposas.²¹

Ahora bien, al menos en este grupo, a pesar de su negación como individuos con autonomía, sentimientos, necesidades y derechos propios, es en el espacio doméstico de procreación donde las mujeres adquieren autoridad y dan sentido de independencia a sus vidas. Ejercen la autoridad con sus hijos y toman autónomamente una buena cantidad de decisiones para organizar la vida diaria; sus satisfacciones personales tienen su origen en el reconocimiento «por otros» (principalmente esposo e hijos, pero también madres, amigas y demás) de sus habilidades como «buenas mujeres», de cómo saber organizar y «estirar» el gasto, cuidar bien a su progenie, saber atender bien al esposo, ser pulcras y organizadas, etcétera. Las mujeres solteras que viven con sus familias de origen se ven limitadas en el desarrollo de este espacio de creatividad, se quejan de tener que obedecer a otros y realmente carecen de injerencia en la toma de decisiones de la vida cotidiana de sus grupos domésticos; por ello, y por los patrones culturales prevalentes, las jóvenes esperan casarse y las maduras querrían haberlo hecho. En el grupo de las que eran hijas de familia durante la segunda entrevista, el cambio se ve a través del hecho de que, con excepción de una, todas realizaban actividades extradomésticas.

Si bien al incorporarse a labores remuneradas o emprender actividades por cuenta propia las mujeres casadas cambian sus condiciones materiales de existencia, amplían sus redes sociales, enriquecen su vida con nuevos retos y nuevas experiencias, al menos en este grupo, en el terreno de la simbolización de los deberes seros y los haceres²² de las mujeres, sus responsabilidades ante el trabajo doméstico se han mostrado resistentes al cambio. Y no es de extrañar que las mujeres mismas defiendan como exclusivamente «suyo» ese espacio que, al menos en el contexto urbano-popular yucateco, es la fuente principal de su orgullo personal.

²¹ Desde mi punto de vista, el único problema de quienes muestran esta inmensa capacidad de vivir en función de otros es que verdaderamente pierden la dimensión de sí mismas.

²² Como titularan Wainerman, Jelin y Feijó, *op. cit.*, su libro.

No encontré referencias de estudios previos «micro» y semilongitudinales, elaborados en el periodo del desarrollo estabilizador, que permitieran comparar sus hallazgos con éstos; pero muy probablemente el cambio que la crisis económica está generando en estas mujeres —con experiencias laborales previas y a pesar de que varias de ellas hayan salido del mercado laboral— es la consciencia de que «si el dinero no alcanza, la mujer debe y puede trabajar para ayudar al esposo a sacar a la familia adelante», buscando un trabajo remunerado o autoempleándose.

Las mujeres ya se conciben a sí mismas como trabajadoras potenciales, aunque, en el momento de la entrevista, buena parte de ellas hayan tenido limitaciones coyunturales que las mantenían en el hogar; aunque los esposos «preferirían» que ellas no trabajaran remuneradamente, ellas están conscientes de que, sobre todo para dar educación a sus hijos (una expectativa muy válida y presente entre las jóvenes parejas incluidas en la muestra), es insuficiente sólo el ingreso del jefe varón. De hecho, un tercio de las mujeres casadas realizaba alguna actividad generadora de ingresos.

Sin embargo, en todas fue muy claro que de una manera u otra «trabajarían remuneradamente para el bienestar de sus hijos», es decir, su identidad principal como madres se expandiría así al ámbito laboral. El que la crisis está incidiendo en la simbolización de las actividades que «pueden hacer» las mujeres se refuerza tomando en cuenta que aun aquellas ex obreras que ya no realizaban ninguna actividad generadora de ingresos y que no tenían interés en volver a hacerlo se manifestaron en favor de que, en caso de ser necesario, las mujeres deben «ayudar» a su marido, «porque el dinero ya no rinde».

La tendencia es entonces hacia que las mujeres casadas adquieran nuevas responsabilidades —tales como contribuir al peculio doméstico— sin perder las que les eran propias desde antes, producto de otro modelo económico, pues no se observa una reorganización del trabajo doméstico, aunque tampoco se han construido colectivamente nuevos espacios de creatividad para las mujeres de escasos recursos. A insistencia expresa en las entrevistas, casi induciendo la respuesta («pero dices que si trabajaras tendrías que atender también tu casa y tus hijos. ¿Qué solución ves?, ¿no te cansarías mucho?»), la constante en las respuestas fue la resignación: «pues ni modo, cuando pueda, tengo que ver por mi familia», «¿qué se le va a hacer?, nos tocó ser pobres», en ningún caso se pensó en involucrar a sus parejas en las tareas domésticas, aunque varios varones, según sus esposas, ya «cuidaban» a sus hijos mientras ellas hacían otras cosas.

La vulnerabilidad de las familias nucleares en expansión con hijos pequeños volvió a ser manifiesta, y entre esas mujeres, salvo en un caso, no se presentó la estrategia de extender la unidad doméstica para que ellas permanecieran en el mercado de trabajo; al contrario, en dos casos la extensión se debió más a que miembros masculinos necesitaban de «una mujer que los atendiera».

Ciertamente, no todo el cambio que se observa en estas mujeres es producto de la crisis; ciertas tendencias, como la mayor educación y la expansión de las oportunidades laborales más allá del servicio doméstico, etcétera, se empezaron a hacer patentes desde el ciclo de desarrollo anterior del capitalismo. Si bien en dos terceras partes del grupo de mujeres que contrajeron matrimonio estos cambios no se reflejan hacia los indicadores «macro» (pues a las edades propias para contraer matrimonio y tener hijos salieron mayoritariamente del mercado laboral extradoméstico) muy probablemente están sentando las bases para redefinir el papel social que les corresponderá desempeñar a las mujeres (y a los hombres) de los sectores urbano populares emeritenses en el futuro próximo.